

24 de febrero de 2014
Santa Maria in Trastevere
Oración por la paz en Ucrania

Marcos 9, 14-29

Al llegar junto a los discípulos, vio a mucha gente que les rodeaba y a unos escribas que discutían con ellos. Toda la gente, al verle, quedó sorprendida y corrieron a saludarle. Él les preguntó: «¿De qué discutís con ellos?» Uno de entre la gente le respondió: «Maestro, te he traído a mi hijo que tiene un espíritu mudo y, dondequiera que se apodera de él, le derriba, le hace echar espumarajos, rechinar de dientes y le deja rígido. He dicho a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido.» Él les responde: «¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo!» Y se lo trajeron. Apenas el espíritu vio a Jesús, agitó violentamente al muchacho y, cayendo en tierra, se revolcaba echando espumarajos. Entonces él preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?» Le dijo: «Desde niño. Y muchas veces le ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él; pero, si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros.» Jesús le dijo: «¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!» Al instante gritó el padre del muchacho: «¡Creo, ayuda a mi poca fe!» Viendo Jesús que se agolpaba la gente, increpó al espíritu inmundo, diciéndole: «Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de él y no entres más en él.» Y el espíritu salió dando gritos y agitándole con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había muerto. Pero Jesús, tomándole de la mano, le levantó y él se puso en pie. Cuando Jesús entró en casa, le preguntaban en privado sus discípulos: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?» Les dijo: «Esta clase con nada puede ser arrojada sino con la oración.»

Homilía de Sviatoslav Shevchuk, arzobispo mayor de Kyiv-Halyč, primado de la Iglesia greco-católica ucraniana.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Buenas tardes a todos.

Viendo esta basílica, orando con ustedes, me siento en casa. Ya soy su hermano. Recuerdo cuando, la última vez, vinimos para rezar en vuestra comunidad; depositamos en la basílica de San Bartolomeo nuestro tesoro: las reliquias de nuestros mártires.

Pero en aquel momento nunca se me pasó por la cabeza que íbamos a tener nuevos mártires, que la violencia se iba a manifestar en nuestra tierra.

En estos tres meses Ucrania vive el momento tal vez más difícil de su historia.

La gente finalmente se ha rebelado contra la mentira, la corrupción, la dictadura, contra un Gobierno despótico, que ha utilizado con fines políticos el dolor y la sangre del pueblo al que debería servir.

Como sabrán durante tres meses hemos vivido en Ucrania momentos de una protesta pacífica. Algunos decían que los ucranianos han descubierto una nueva manera de protestar: simplemente estar en la plaza, no moverse y allí se quedaron cientos de miles de personas incluso cuando la temperatura bajó a 29 grados bajo cero.

Pero la semana pasada una oscuridad cubrió la ciudad de Kiev: un francotirador, a sangre fría, mató a más de 100 personas. Personas que ayudaban a los demás, que querían salvar la vida de los heridos. Realmente estas víctimas hicieron que el país despertara. Sentimos un profundo rechazo de la violencia. Todas las Iglesias en Ucrania han dicho abiertamente no a la violencia. El miércoles y el jueves pasado nuestras catedrales, la latina y la greco-católica de Kiev, se convirtieron en quirófanos, donde se operaban a personas que no podían ser llevadas a ninguna otra parte.

Pero estos días de sufrimiento, de lágrimas, han despertado de manera sorprendente la solidaridad. Nuestras iglesias se han convertido en centros de solidaridad humana y cristiana y gracias a esta unanimidad hemos podido parar la violencia. Algunos dicen: por ahora. Porque nadie sabe cómo terminará. Por eso he venido con ustedes para pedir su solidaridad.

La Comunidad de Sant'Egidio es conocida en el mundo porque sabe rezar por la paz. Les pido que cada día recen al menos un Padre Nuestro y un Ave María por la paz en Ucrania. Pero ustedes no solo rezan, sino que también construyen la paz. En varios conflictos de todo el mundo su Comunidad ha sido realmente una mediadora y una constructora de la paz. También en este conflicto les pedimos su solidaridad, su ayuda.

Estoy convencido de que el Señor está presente junto a los que sufren. Antes de venir hacia Roma visité los hospitales clandestinos en el centro de la ciudad. Entré en la iglesia luterana, junto al edificio de la administración del presidente, y allí en aquella iglesia luterana había siempre al menos 10 personas heridas. Cuando quise darle las gracias al pastor luterano, él me dijo: No tiene que dar las gracias porque hemos entendido que allí, en la plaza y aquí, donde estamos ahora, está presente Cristo, en la persona de este herido que ahora vemos entre nosotros.

Cristo está presente, trabaja, él es nuestra esperanza. Él es nuestra paz, él es nuestra luz y nos abre realmente, junto a los demás, una posibilidad pacífica: curar las heridas. No solo las del cuerpo.

Ahora hay miles de heridos. Algunos países europeos limítrofes, como Polonia, Eslovaquia, Chequia y también Lituania, han acogido a docenas de heridos. Jóvenes de 20 años han perdido un brazo, un ojo. Esta posibilidad de curar las heridas del cuerpo es importante, pero también están heridas espiritualmente las almas. Tenemos que hacer que pare el odio y el rencor. Tenemos que curar todo lo que obstaculiza la construcción de una paz verdadera.

Que el Cristo, que es nuestra paz, esté con todos nosotros. Amén